

EL CANARIO DESNUDO

Marta Abadía

El canario desnudo



EL CANARIO DESNUDO

© Ángela Munuera Bassols

mrtabadia@gmail.com

© Editorial Vision Libros

San Benito, 21, Local.

28029 Madrid (España)

Tel.: 0034 91 311 76 96

url: www.visionlibros.com

Vision Libros es marca registrada por Vision Netware

ISBN: 978-84-9886-578-3

Depósito legal: M-XXXXXXX

Distribución y venta: Distribución digital

C/ Magnólias 35 Bis. 28029 Madrid.

Teléfono: 91 311 76 96

pedidos@visionnet.es

Portada: Isabel Munuera Bassols

Diseño de portada: Marian González, reflejandoelazul@visionnet.es

Maquetación: P. Soler. Telf.: 666 910 549

Impreso en España

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo, ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético o por fotocopia, o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright

“Me has dado tu amor para que pueda ir cortando tu alma en pedazos, para que pueda sangrarte hasta que tu corazón quede completamente seco.”

Terenci Moix

*A las mujeres, a sus hijas y a las hijas de sus hijas,
para curar el mal que pasa de generación en generación*

Índice de capítulos

I. El accidente	13
II. Un viaje a Cojutepeque	21
III. Hablar con Marina Andreu	37
IV. El nombre de Mateo	53
V. La historia de una foto	61
VI. Los puentes del Eresma	69
VII. La ruinas del Tazumal	89
VIII. La esperanza en el bolsillo	103
IX. Un canario en su jaula	111
X. La mañana por delante	131
XI. La memoria de Mateo	147
XII. Acariciando a Darío	159
XIII. Delia y Clara a la puerta	169
XIV. El diario de Delia	179
XV. El alma cortada en pedazos	201
XVI. Ideario del alma helada	219
XVII. Encuentro	229
XVIII. Entierro	239
XIX. Las mujeres	249

I. El accidente

El 20 de febrero era domingo. A primera hora, Luz de Silia, la enfermera jefe de la Unidad de Vigilancia Intensiva del hospital Doce de Octubre, llamó a Graciela Valdés para atender de urgencia a un enfermo recién ingresado con necesidades especiales. A media mañana, Graciela hizo una pausa para encontrarse conmigo delante de la puerta principal.

Mientras hablaba, Graciela me miraba a la cara. Quería que captara su aire profesional y todo el proceso de atención al enfermo. Para eso es mi tutora.

Habló aprisa y sin parar. Yo la escuché en silencio, cruzada de brazos, apoyada en un lateral de la puerta.

—Luz de Silia me acompaña a la sala. Voy enfundada en una bata, mascarilla, cofia, manguitos y alpargatas de protección estériles. Veo un hombre metido dentro de una carcasa de cristal, lleno de tubos que le entran por la boca, la nariz y los brazos. Yace de espaldas, cara al techo de la unidad de vigilancia intensiva donde lo han puesto. Salen de su pecho, piernas y cabeza unos cables que lo conectan a varios monitores. Escucho el bip-bip entrecortado y exacto que me parece una música de vida, la única que le queda.

»El hombre está desnudo, tumbado sobre una camilla blanca, tapado con una exigua sábana verde. Sus brazos se encuentran estirados a lo largo del tronco, fuera del embozo. Es turbador ver su cuerpo masculino, pecho, vientre, piernas, sexo, todo marcado debajo de la tela.

»El hombre está en coma, pero los médicos dicen que el encefalograma muestra actividad cerebral. Luz, la enfermera jefa de la UVI, me pide que le hable. Me explica que, aunque parece que no oye, es posible que mis palabras o mi voz le ayuden a volver.

»Es un hombre mayor, pero fuerte. Tiene el pecho cubierto de vello gris, la cara afilada. Usa barba, pero lo han afeitado malamente para ponerle los tubos. En la ficha al pie de su camilla el nombre está en blanco, sólo figura la fecha de su nacimiento. Me llama la atención el año: 1936. Sé bien que es el año en que empezó su guerra civil, Julita. Siempre me da escalofríos pensar en esa guerra de ustedes que todavía en el año 2005 rompe los corazones de los españoles.

La voz de Graciela se quiebra ligeramente al mencionar ese dolor aún enquistado en tanta gente, pero no se da cancha a sí misma para sentimentalismos y continúa hablando imperturbable.

—Pregunto a la enfermera cómo saben el año. Responde que, cuando los camilleros lo recogieron estaba despierto. De todo lo que dijo, 1936 fue lo único que entendieron: el año de su nacimiento. Pregunto a Luz cómo ocurrió, qué cosa lo trajo aquí. Me informa que fue un accidente de moto, que lo encontraron al fondo de un barranco junto a otro hombre. El otro era joven y estaba en coma. Los de tráfico opinan que iban jugando, a gran velocidad. Pero es raro, siendo éste un hombre mayor. Pregunto también qué le pasa exactamente. Mira el expediente y recita: “Traumatismo craneoencefálico sin rotura craneal, contusión múltiple, hemorragia interna indeterminada, tres costillas, no, cuatro, fracturadas, fisura en el esternón, peroné izquierdo astillado con fractura abierta, amputación parcial del mismo pie. Ha perdido tres dedos”.

»—Pobre... —me sale inevitablemente.

»—En fin —me informa la enfermera—, este hombre tuyo vive aún. Hay que hacer lo posible por salvarlo.

»—Claro. Para eso estamos aquí, Luz —le respondo.

»Luz de Silia no puede parar de hablar. Sabe más detalles y tiene que soltarlos toditos para que no la obsesionen mientras trabaja. Me explica:

»—Las dos motos estaban reventadas y quemadas. Ardieron por completo. No quedó más que un amasijo de hierros en el fondo de un hoyo. Parece que chocaron en el aire; los cuerpos salieron por un lado, las máquinas por otro. De la identidad de los hombres no se sabe nada porque o no llevaban documentos o arderían en las motos. A ver qué puede contar este hombre cuando despierte. La guardia civil está esperando para hacerle unas preguntas.

»Al fin calla y me mira, mientras yo asiento. Luz de Silia se va a sus cosas un poco acelerada. Conozco a esta enfermera desde hace años. Conozco a todas, a fuerza de verlas trasegando con tubos, palanganas, jeringuillas, trapos. Qué vida, la de un hospital, Julia. Se le parte a una el alma. ¿Usted está segura de que quiere ser acompañante de enfermos?

»En un rincón de la sala hay una silla envuelta, como yo, en trapos estériles, pero me instalo de pie junto a la cabecera. Pienso que mientras estoy aquí, tal vez venga algún familiar a visitarlo. A veces ocurre. Cada media hora aproximadamente, Luz de Silia entra en la sala y me pregunta si hay novedad, mira los monitores, toca los tubos, ajusta los goteros. Quiero saber más:

»—¿No se han encontrado aún familiares?

»—Por el momento no —responde—. Mientras no despierte...

»—¿Por qué lo han traído al Doce de Octubre?

»—Porque el accidente tuvo lugar cerca de la M-30 sur.

»—¿Y el otro hombre?

»—Sigue en coma profundo.

»—¿A ése le habla alguien?

»—No hay muchas esperanzas, Graciela.

»Lo dice con tristeza y profesionalidad que me parecen incompatibles. Sale sin mirarme.

»Inicio una cantinela para distraer al hombre o más bien quizá para distraerme a mí. Trato de que pasen las horas inadvertidas, que podamos cobrar fuerza a través de las palabras, al menos, que no la pierda yo. Necesito esa fuerza.

»Me dirijo al cuerpo inerte de ese hombre:

»—Todos los hombres que conozco —fijo la mirada a la altura de su entrepierna— son infieles a sus esposas. A usted no lo conozco, pero no será la excepción. En mi país a los hombres infieles los persigue la Ziguanaba, un espectro de mujer que los enamora, los hechiza, como ustedes hacen con las mujeres que consideran suyas. Pero ella lleva luego a sus enamorados junto al vacío del barranco donde, dicen, vive esa fantasma. A veces, los espera abajo. A unos los deja caer; a otros los salva.

»Anihuat tenía de novia a una muchacha con la que jugaba a hacerse el hombrecito. Creía que él podía escapar de las fuerzas de la Ziguanaba y por eso un día, tras seducir a la chica y dejarla en casa, crecido de poder y de arrogancia, se presentó en el barranco donde decían que la Ziguanaba habitaba y la conjuró.

»Al día siguiente del conjuro, se fue a la pista de baile de Queztaltepeque, que lleva el nombre del quetzal, cuyo plumaje de colores protege a los habitantes de esa ciudad y, sintiéndose seguro de la protección del ave, bailó con su novia hasta la madrugada.

»—¿Nunca me serás infiel, Anihuat? —le preguntaba ella. La muchacha ya temblaba de miedo, pues todas las mujeres sabemos que los hombres son siempre infieles.

»—Nunca jamás —respondió Anihuat mientras daba saltos y hacía cabriolas en la pista. Lo animaba la fuerza del conjuro que había hecho a la Ziguanaba. Y añadió para tranquilizar a su no-

via, que temblaba entre sus brazos—: A vos y a mí nos protegen las plumas del quetzal.

»Cuando terminó el baile, Anihuat acompañó a su novia a casa y, sin forzarla, tan sólo la besó y se fue a la cantina. Allá compró una botella de espíritu de caña. Vacío rápidamente la botella entera y eso le dio coraje para acercarse a chotiar con las maitras que andan solitas al amparo de la noche.

»Andaba chotiando con ésta y con aquélla, cuando se encontró con una peperecha que lo deshuevó. Acababa de dejar a su novia con promesas de amor eterno y ya mismito le había sido infiel.

»Llorando de arrepentimiento y acordándose del conjuro que le había hecho tan sólo ayer a la Ziguanaba, se fue para el barranco, seguro de que iría de vuelta sano y salvo con su noviecita del corazón.

»Pero, en el camino, se encontró con una vieja que parecía su mamá sin serlo y le dijo:

»—Acércate conmigo al barranco donde el ave quetzal no llega a proteger a nadie con sus plumas. Veremos si eres tan valiente como crees.

»Temblando de miedo, Anihuat caminó hacia el barranco de la Ziguanaba y se plantó al borde con las piernas abiertas y los brazos cruzados en el pecho.

»—Grita su nombre —ordenó la vieja.

»Anihuat intentó gritar, tomando aire y apretando los pies al suelo para cobrar fuerza. Pero le salió un quejido de voz que nadie podía entender como el nombre de la Ziguanaba y menos aún como un grito.

»—¡Grita su nombre! —chilló de nuevo la vieja.

»En éstas se oyó un refregar de plumas y el ave quetzal voló por encima de sus cabezas.

»Con un alarido de susto, la vieja se lanzó al fondo del barranco y Anihuat pudo volver para la casa más fuerte que cuando salió.

»Esa experiencia lo volvió todavía más soberbio. Y, por eso, al día siguiente, envuelto en su poncho de colores, volvió a buscar a su novia y de nuevo bailó con ella.

»Igual que el día de antes, ella le preguntó temerosa:

»—¿Nunca me serás infiel, Anihuat?

»—Nunca, mi amor —respondió él mientras la besaba.

»Volvió a dejarla en su casa solita y él se fue de nuevo a la cantina, bebió espíritu de caña y chotió con ésta y con aquélla en la oscuridad de las calles hasta que apareció la vieja.

»—Sígueme al barranco de la Ziguanaba, donde las plumas del quetzal no protegen a los hombres infieles como vos —le ordenó.

»Anihuat, crecido de fuerza por su victoria del día anterior, esta vez la siguió sin miedo. Llegaron al barranco. La vieja no esperó a que volase por encima de sus cabezas ningún ave quetzal, sino que se tiró al vacío de una vez gritando su propio nombre.

»Ahihuat se había vuelto osado frente al fantasma de la Ziguanaba y se asomó a ver cómo caía. Entonces la nombró.

»Una fuerza que ni el coraje ni la soberbia de Anihuat pudieron conjurar lo tomó por la cintura, lo levantó por el aire y lo arrastró.

»Anihuat no tuvo miedo. Se dejó arrastrar y acunar por las manos de la fantasma que le susurraba palabras de amor en el oído. Anihuat temblaba de deseo y se dejó ir con ella hasta el fondo del barranco.

»Al día siguiente, su novia lo esperó en vano para el baile.

»A los tres días, ella estuvo segura de que Anihuat le había sido infiel.

»Al final de esa semana, la muchacha y sus amigas descendieron al fondo del barranco de la Ziguanaba y allí distinguieron los colores del poncho de Anihuat entre los huesos limpios, comidos por las aves.

»—Tu novio te fue infiel como todos —decían las amigas a la muchacha.

»Y ella lloraba tanto que la Ziguanaba tomó ese llanto como parte de su hechizo para perder a los hombres infieles como usted, para siempre, en el fondo del barranco.

»Cuando termino mi leyenda, Luz de Silia regresa a tocar los tubos y ajustar los goteros del hombre. Mira los monitores, retira el lienzo que lo cubre y el sexo viejo y flácido queda al descubierto. Me pregunto cómo nadie puede ser infiel con esas pobres herramientas. Luz dice:

»—¿Qué le andabas contando, Graciela?

»—Una leyenda de mi país. La Ziguanaba.

»—¿De El Salvador? —asiento y Luz pregunta de nuevo mientras cubre al hombre de nuevo con la tela—: ¿Y qué es exactamente la Ziguanaba?

»—Una mujer fantasma que castiga a los hombres que engañan a las mujeres.

»—Pues a este infiel —Luz de Silia rompe a reír— tus cuentos le han hecho bien. Está abriendo los ojos.

»—Puede que lo haya salvado la fantasma —sonrío yo y añado—: si le viene bien, no me importa quedarme.

»Luz me mira comprensiva.

»—Si te vas a quedar todo el día, Graciela, más vale que te sientes.

Yo no había dicho una palabra, ni siquiera me había movido del umbral. A Graciela le entró prisa nada más terminar su relato.

—Tengo que volver con el hombre. Me necesita.

Le di un beso apresurado y entró de nuevo en el hospital, dispuesta a instalarse en su silla estéril frente al enfermo. Desde la puerta, casi grité:

—Te admiro, Graciela. Hay que tener valor para contar leyendas a un moribundo.

II. *Un viaje a Cojutepeque*

Por la tarde pasé por casa de Graciela Valdés. Hace sólo tres meses que la conozco, pero ya pienso secretamente que mi tutora se ha convertido en una persona capaz de acercarse al vacío en que vivo. Me hace falta una amiga y ella sabe compartir. Graciela me hablaba escrutando mi reacción mientras se ataba el delantal a la cintura con manos sabias. Sin preguntarle nada, ella empezó a relatarme cosas de su vida.

—Nunca quise saberlo —dijo— pero supe un día que mi papá no era mi papá. Más adelante, supe también que mi mamá no era la que me parió y que, sin tener hermanos ni primos, sin embargo, los tenía.

Graciela me miraba leyendo en mi cara de asombro todas mis preguntas silenciosas: “¿Dos padres, dos madres?” “¿Tenías primos y hermanos y ya no los tienes?”. Yo esperaba dando tiempo a mi amiga para contar su historia. Graciela continuó hablando:

—Sí. Se supone que, si la que me parió tiene hijas, pues esas hijas serán mis hermanas y los hermanos de ella serán mis tíos. Soy salvadoreña y no reniego de mi país. Pero no, Julita. Esas gentes no son nadie para mí. No, no quiero pensarlo. Y, sin embargo, aunque no quiera, a veces, este bolado me piensa a mí.

Graciela es grande, de cuerpo desbordante, fecundo diría yo, si fuera escultora. Graciela es cálida. Acogedora es la palabra. Parece un modelo de Botero, cuyas mujeres de bronce, felices y gordas, descansan mirando las copas de los árboles de La Castellana en un alarde de amor a la vida. Frotó sus manos regordetas,

de dedos cortos, mestizos, bellos —dulces para mí—, por su vientre redondo. Era un gesto simple, tal vez sólo un ir a enjugar el sudor de las palmas para camuflar la emoción que, a su pesar, le brotaba por la luz de sus ojos negros. A mí, sin embargo, me pareció una caricia. Todo lo que hace Graciela parecen caricias. La miré. Sabía que la estaba escuchando.

—Mi vida en Suchitoto, allá en El Salvador —siguió diciendo—, en aquella casa de mi niñez, lujosa y bella, con ese jardín de sombras y frescor, parece ahora un sueño, Julia, algo tan lejano como si nunca hubiera existido. Es bonito mi país. Pero Madrid se lo ha llevado todo lejos. Yo tenía niñera, doncella, viví en paños de seda hasta que me vine acá, para España, a quitar mierda de las casas de los señoritos.

Esta vez Graciela agarró delicadamente con la pinza del índice y el pulgar la punta de su mandil y se secó una lágrima que ya quería resbalar.

Yo seguía esperando mientras llenaba la tetera con el agua hirviendo y puse un salvamanteles de rafia y, encima, la tetera humeante sobre el mantel de la camilla, al lado de las tazas blancas, ya dispuestas. Graciela, soltando por un momento su emoción, sacó dos cucharillas y el azúcar.

—Ay, espere, Julita, que le pongo unas pastas.

Fue a la alacena, encima del fogón y encontró una caja de lata llena de pastas caseras, caramelos y galletas. Volvió a acariciar su barriga, me miró sonriendo y nos sentamos.

Miré por la ventana, que da a una calle estrecha y destartalada. Asomaba un sol tibio, invernal, brotando como una flor entre las nubes. Es increíble esta luz de Madrid en invierno. Acogí, con una mirada y una sonrisa que Graciela captó, compartiéndolo, el bienestar que transmitían las gotitas de agua de la ventana que, en ese instante, brillaban como arcoíris diminutos, recién iluminados por el sol.

—Está bonito el día —comenté. Graciela asintió.

—Es Madrid —respondió—, Madrid y sus calles desconchadas, con la cara lavada para los turistas. Es igual que cuando mi mamá Liliana me pasaba una toalla por los lagrimales por la mañana para quitarme las legañas. Madrid es mi casa. Me ha acogido y, en este momento, es el lugar donde vivo y quiero vivir. Y sin embargo...

Graciela volvía a su principio. Sus madres. Sus padres. Sus hermanos y primos que no quiere tener.

—Cuéntame —la animé mientras removía el té. Graciela siguió mirando los arcoíris de la ventana. Puso azúcar en su taza sin mirar, dio vueltas a la cucharilla derramando parte del líquido sobre el platito, sobre el mantel.

—¡Graciela...! —exclamé.

—¡Ay! —susurró y pasó la palma por la mesa, acariciando el líquido, y volvió a enjugar su mano en lo redondo de su barriga. Nos reímos.

—Así que vivías en Suchitoto, con tus padres, mamá Liliana y papá Manuel ¿es así?

—Sí. Yo siempre creí que eran mis tatas, Julita. Me cuidaron, me mimaron y me educaron como mis verdaderos papás en esa casa lujosa. Yo iba al colegio en el carro de mi papá Manuel y era la envidia de todo mi colegio en Suchitoto, por mis vestidos, por mis juguetes, porque tenía de todo. Era una bicha feliz. Pero, un día...

La mirada de Graciela volvía a quedar colgada de las gotitas de lluvia, paralizadas sobre el cristal. El sol se arrojaba tras una nube. El azul del cielo, racheado de viento y nubes rotas, ahora era más azul.

—Es increíble cómo cambia la luz en un minuto...

—Igual que mi vida, Julita. En un minuto, cambió.

Sorbí mi té con ruido, casi aspirándolo, porque quemaba. Graciela se rió de mi gesto. Yo también me reí, animándola a seguir con su historia.

—Todo cambió el día que mi mamá Liliana me dijo:

»—Graciela, vístase linda con su vestido nuevo y venga que la peine con las crenchas y le ponga el lazo blanco en el pelo, que vamos a Cojutepeque a conocer a su papá, el señor Wilson Pérez.

La mirada de Graciela se quedó de pronto anclada en una foto suya que reposaba en uno de los estantes de su pequeño salón. Era ella, unos diez años atrás, mucho más delgada, con la cara sonriente, sentada en el primer escalón de una enorme escalinata que podría pertenecer a la catedral de Burgos. Intrigada, seguí su mirada, por si la foto podía aclarar algo de lo que estaba diciendo.

—Soy yo. Hace diez años de esa foto. No, doce. Fui de excursión con Gladys, una amiga salvadoreña y Lola, una española que vive en Madrid pero es de Burgos. Pasamos el día dando vueltas por esa ciudad, que es preciosa, Julita, ¿usted conoce Burgos?, y yo estaba rota de tanto andar. Me senté en los escalones. Lola me hizo esa foto y me la dio, así, como la ve, en la plaza, delante de la catedral. Era una cámara de las que sacan la foto en el acto. A Gladys le gustó tanto que Lola sacó otra y se la dio. Una igualita.

La voz de Graciela quedó suspendida un momento. Pensé que había otra historia enganchada a esa foto. Pero ella la descartó diciendo:

—Ya ves vos qué delgada estaba yo...

—Y guapa.

—¡Cómo cambia la vida sin que nos demos cuenta, Julita!

—Sigues siendo guapa... —afirmé. Trataba de animarla a seguir hablando de su pasado, de la foto... no sé. Graciela me parece bella y acogedora, ya lo he dicho.

Graciela bebió su té de un trago, en un suspiro. Puso la taza de nuevo sobre el platito y la volvió a llenar. Esperé tranquila. No quería forzar nada. Ella hablaría a su estilo, racheado como el viento, sonoro. Graciela seguiría relatando su vida a trocitos,

con su precioso acento salvadoreño que choca contra mi seco madrileño. Hablaría a su manera, con su dulzura y su tristeza y su resignación, con su amargura y con su buen humor que lo tapa todo. Haría valer su alegría barnizada de hoy y de costumbre; porque en ella es costumbre aceptar dolores sin que la maten del todo, renacer de sus penas, salir adelante con su exuberancia y su pasión que gritan vida a la vida.

—Ese día, mi mamá Liliana me peinó con un cepillo de púas blandas que sonaba “rss” en mi cabeza. Y yo me preguntaba, Julia, a cada cepillada, quién sería ese señor papá Wilson Pérez, si siempre mi papá había sido el señor Manuel, el esposo de mi mamá Liliana. Así que le pregunté:

»—¿Tengo dos papás?

»Nada más estaba un poquito preocupada, porque mi mamá Liliana era muy buena y yo sentía sus manos acariciando mi cabeza.

»—Algo así, dos papás, sí.

»Estaba empezando a ilusionarme, ¿sabes? Ninguna niña de mi colegio tenía, que yo supiera, dos papás. Mientras mi mamá Liliana me cepillaba el pelo y anudaba las crenchas y ponía lazos blancos y perlitas en mi cabello, yo me crecía y me engordaba de pensar en la sorpresa de mis amiguitas Suyay y Marga, cuando al día siguiente les fuese a decir: “tengo dos papás, uno es el señor papá Manuel y otro el señor papá Wilson Pérez”. Ya estaba nerviosa de pensar en conocer a ese nuevo segundo papá. Pregunté a mi mamá:

»—Pero, ¿cómo tengo dos papás?

»—Así, solamente. Tiene usted dos papás, señorita. Ande, vamos al carro. El señor Wilson Pérez nos espera en Cojutepeque y hay más de una horita de camino.

»Así pues, Julia, montamos en el carro. Yo tenía diez años. Seguramente mi mamá Liliana había pensado que ya era momento de que supiese algunas cosas de mi vida, no me las fuesen